

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 92

40 Cents.

21 NOVIEMBRE
1926

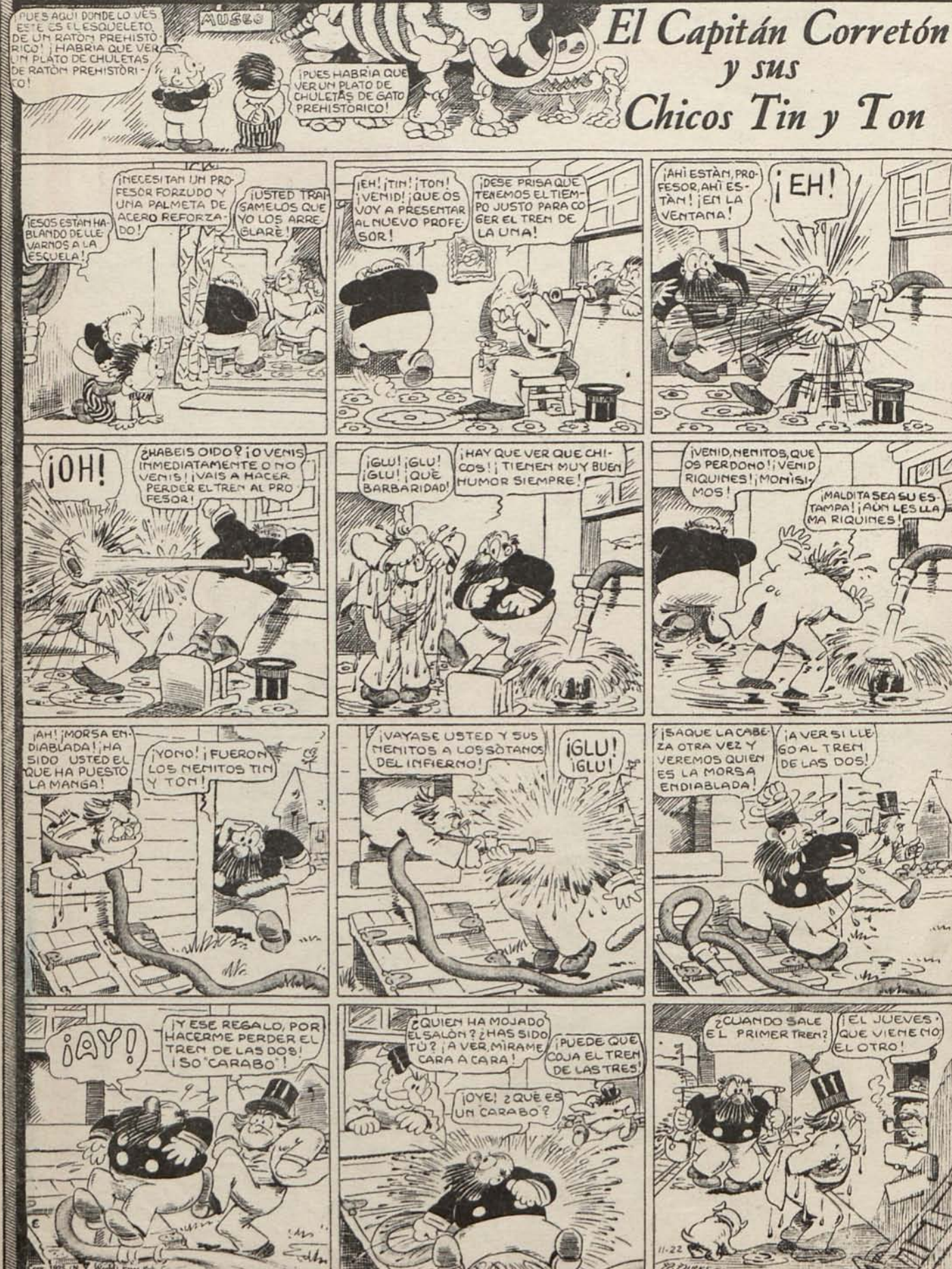


PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.

El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

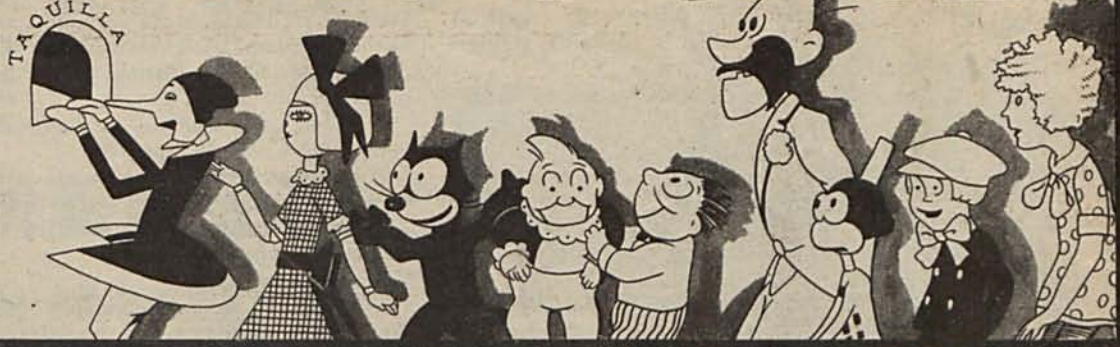


PROGRAMA
PARA HOY

UN
VUELO
PELIGROSO

Sensacional

GRAN CINE



COLIN WOOD



—¡Caramba, cómo se mueve ese aeroplano! —exclamó el guardia marina, Toni Spring, que desde el destructor *Huracán* contemplaba el aparato, que corría veloz devorándose enteramente las millas.

Aunque el guardia marina se hizo la exclamación a sí mismo, fué oído por Colin Wood, el valiente y animoso oficial que mandaba el buque de guerra. Colin, que iba hacia el puente, se detuvo a explicar:

—Ese aeroplano es el *Silver Swift*. Lleva de piloto al capitán Forresterd, que quiere batir el record en la travesía del Océano. Se ha detenido, últimamente, en las islas de Figi, y quiere llegar a Honolulu sin detenerse más que otra vez en las islas Phoenix.

A su vez, el capitán Forresterd, que iba pilotando al *Silver Swift*, decíale a su compañero, Warren East:

—Ese barco, por encima del cual acabamos de pasar, es el *Huracán*; el destructor más rápido de la flota inglesa, y va mandado por un verdadero marino, que se distingue por su competencia en todo lo que se relaciona con su carrera.

El aeroplano siguió volando durante otra hora, al cabo de la cual, y sin saber por qué, el motor empezó a fallar.

—¿Qué es esto? —preguntó Warren East.

—Que el diablo me lleve si lo sé; pero que, por de pronto, significa un aterrizaje. Menos mal que tenemos una isla enfrente.

Y el *Silver Swift*, con el motor cada vez más irregular, fué acortando la velocidad hasta aterrizar, diez minutos más tarde, en una explanada bordeada de árboles, que había en el centro de aquella isla. Procedieron los dos aviadores a reparar el motor, y en menos de dos horas lo dejaron listo; pero descubrieron que el tanque de petróleo del aeroplano perdía y estaba ya casi vacío.

—¡Por vida de...! ¡Menudo trastorno es éste! —exclamó Forresterd—. ¡Estamos aviados, hijo mío! ¡No nos queda combustible ni para media milla, y hemos aquí abandonados en una isla desierta, sin tener para comer más que nueces, que tendremos que partir con nuestros propios dientes!

—¡No diga usted eso, por Dios! ¡Porque si tuviera que vivir aquí sin más compañía que la suya, acabaría por odiarles! —respondió su acompañante, que hacía de vigía y al mismo tiempo de operador de telegrafía sin hilos.

Pero en aquel momento llegó hasta ellos el disparo de dos tiros, que parecían venir de la playa. Atravesó el piloto el bosque para averiguar la causa de las detonaciones, y desde la altura donde estaba aterrizado el aparato vió, allá abajo, junto a la orilla del mar, dos pequeños botes, y pegados a ellos, tres hombres luchando contra diez marineros, algunos de los cuales eran negros. A doscientos metros de tierra estaba anclado un barco pequeño, de donde supuso Forresterd que procedían los marineros.

Uno de los tres que se defendían de los otros diez, y que parecía ser el capitán, gritaba:

—¡Ah perros! ¡No os apoderaréis de mi barco mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo!

Apenas acababa de decir esto, cayó herido de un tiro, e inmediatamente cayeron también los dos que se defendían con él. El primer impulso del capitán Forresterd fué correr a la playa; pero se contuvo, dándose cuenta de que sería una locura, y le dijo a Warren East:

—Tírame acá la carta y la barquilla; busca al *Huracán* y da una llamada de socorro, mientras yo determino la situación exacta de la isla.

East le tiró desde el aeroplano la carta y la barquilla, y en seguida transmitió el siguiente mensaje al *Huracán*:

—«Tripulación de barco desconocido se ha sublevado e intenta apoderarse barco. Socorro... urgente. Transmitiré situación exacta.»

—¡Aquí la tienes! —gritó Forresterd, y al ir a decirle al operador la situación de la isla, de entre los árboles salieron tres hombres, que derribaron a Forresterd de un culatazo de fusil. Casi al mismo tiempo una bala penetró en la cabina del aeroplano, y Warren East cayó encima del aparato de la telegrafía, herido e indefenso.

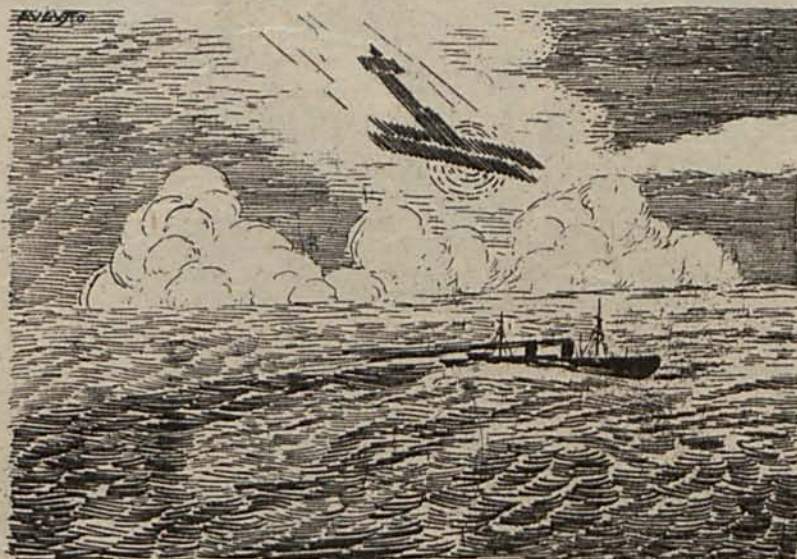
—¿No ha habido todavía más noticia del aeroplano?

—preguntó Colin Wood al teniente Mc. Todd, segundo de a bordo.

—Nada, mi capitán; hace ya diez minutos que anunciaron dar detalles de la situación donde se halla; pero el operador, por más que llama, no puede obtener contestación del *Silver Swift*.

—Calculo que debe de hallarse en una de las islas que hay al NE. de aquí —afirmó Colin—. Iremos con rumbo hacia esa parte, a ver si tenemos la suerte de encontrarlos.

Hallábase entonces el *Huracán* a veintiocho millas de la isla donde se desarrollaba la tragedia, y al cabo de cuarenta minutos entraba en la bahía



donde el barco *Semew* estaba anclado. El *Semew* había caído en manos de los sublevados, y el jefe, Pedro Gómez, vió la llegada del barco de guerra con bastante disgusto, ya que hasta entonces la fortuna parecía favorecer sus planes para apoderarse del *Semew* y de su valioso cargamento de oro australiano. Wills, el capitán del *Semew*, sin sospechar en lo más mínimo el lazo que le tendían, había desembarcado en la isla con una partida de hombres para pertrecharse de agua; pero apenas hecho el desembarco, Pedro había atacado a Wills y a los dos leales miembros de la tripulación que se sabía estaban de su parte. La lucha, como hemos visto, fué corta, y Pedro Gómez, habiendo vencido también a los aviadores, se volvió al barco, encontrándose con que, mientras que él y parte de los de su cuadrilla luchaban en tierra, los otros que se habían quedado en el barco vencían también al piloto y al maquinista. Llevó a estos dos a tierra para dejarlos con el capitán y los otros dos tripulantes, y los sublevados se dispusieron a levar anclas. Pero entonces fué cuando apareció el *Huracán*. Pedro comprendió que debía a toda costa impedir que desembarcara la tripulación del *Huracán*, y vistiéndose con el uniforme del capitán salió a recibir a Colin Wood, que quiso hacer una visita al *Semew*.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí ese barco? —preguntó Colin.

Pedro, que era muy taimado, respondió:



—Si usted desea saberlo con exactitud, tendré que consultar la barquilla. ¿Quiere verla usted mismo?

—Sí; deseo verla, así como los conocimientos de embarque. Vengo en busca de un barco, cuya tripulación se ha sublevado, apoderándose de él, y quiero cerciorarme de que no es éste el que busco.

—¡Cielo santo! ¿Qué dice usted? ¿Que se ha sublevado la tripulación? —exclamó Pedro—. Me alegraría que los cogiera usted, y si en algo puedo ayudarles, disponga usted de mí y de mi barco como guste.

Colin Wood examinó todos los documentos del barco, interrogó minuciosamente al falso capitán y se convenció de que no tenía motivos para sospechar de la tripulación del *Semew*.

—Tendré que buscar otro sitio —confesó—. ¿Ha visto usted pasar por aquí algún otro barco?

—No, mi capitán; después que pasamos juntos al *Berge*, un barco holandés, no he visto en todo el día más que un aeroplano que pasó esta tarde por encima de nosotros a toda velocidad cuando nos dirigíamos hacia acá.

—¡Un aeroplano! —repitió Colin—. ¿Y en qué punto fué eso?

—A diez millas al NE. de esta isla, y parecía dirigirse a las islas de Kela, que están a trescientas millas de aquí.

Convencido por la historia del astuto capitán de que estaba perdiendo el tiempo, Colin Wood volvió al *Huracán*, y el

destroyer empezó a navegar en seguida en la oscuridad de la noche con rumbo a las islas de Kela. Cuando apenas llevaba media hora de navegación, el ayudante del telegrafista subió corriendo al puente con un mensaje.

Era otro S. O. S. del *Silver Swift*, en el que además de pedir socorro de nuevo, indicaba la situación exacta de la isla en la cual estaba el aeroplano averiado. Los detalles del mensaje fueron suficientes para que Colin comprendiera que el aeroplano se hallaba en la misma isla donde él acababa de estar. Así, pues, ordenó que el buque virase en redondo y navegó otra vez con rumbo a la isla. Al llegar a ella salía la luna, y la tenue luz que derramaba a través de una baja niebla le reveló que el barco había partido.

Colin Wood y una partida de hombres fueron a tierra en el bote motor de *Huracán*. Colin estaba seguro de que el *Semew* era el barco de la tripulación sublevada; pero su primer deber era visitar la isla por si los aviadores o el capitán del *Semew* necesitaban asistencia.

Encontraron el aeroplano detrás de un bosque y Colin envió a seis de sus hombres a recorrer toda la isla en busca de los aviadores y del capitán. Colin se quedó junto al aparato acompañado del guardia marina Spring. Después de examinar el aeroplano, Colin observó:

—El *Semew* se nos ha escabullido, Spring; pero el *Silver Swift* se encargará de descubrir su paradero.

Después examinó la maquinaria, echó a andar el motor y vió que todo estaba en buen estado de funcionamiento. Sin embargo, al inspeccionar el depósito de la gasolina vió que el combustible estaba acabando, y díjole a Spring:

—Vuelve al *Huracán* en el bote y tráeme una docena de latas de gasolina. De paso adviértele a Mc. Todd que esté en comunicación conmigo por telégrafo mientras yo voy a explorar el mar. Y no sobrará que me traigas también un saco de bombas. Quiero ajustar las cuentas a esos revoltosos.

—Está bien, mi capitán.

—Ven pronto, que quiero que me acompañes.

—Ahora mismo, mi capitán —exclamó el muchacho entusiasmado por la noticia.

El choque.

Un cuarto de hora después se elevaba por los aires el *Silver Swift*, llevando a Colin Wood y al guardia marina Spring. El capitán iba en el sitio del piloto y Toni delante de la radiotelegrafía. Describieron un círculo grande guardando una

estrecha vigilancia, hasta percibir a bastante distancia un penacho de humo. Dirigiéronse hacia allá y el *Huracán*, respondiendo a la señal de Spring, tomó rumbo también en la misma dirección.

—¡Toni, es el *Semew*, no hay duda! Prepara las bombas —exclamó Colin de repente.

—Supongo que no creerá usted que ese cacharro viejo pueda sobrepasar al *Huracán* —dijo Spring burlonamente.

—No. ¿Pero ves ese cinturón de luz radiante que hay enfrente del *Semew*?

—Sí, mi capitán.

—Pues es un cinturón de niebla que quizá se extienda a una distancia de muchas millas, y si el *Semew* se mete en ella antes de que el *Huracán* lo alcance, puede muy bien darnos esquinazo.

—Es verdad, mi capitán. Si vemos que hay peligro de que se meta entre la niebla, le arrojaré la bomba en la proa para dejarlo inválido.

El aeroplano continuaba trepidando, y al llegar cerca del *Semew* se produjo en el barco una repentina conmoción, pues acababan de aparecer en cubierta siete hombres, y su presencia fué la señal para un general alboroto por parte de la tripulación.

—¡Hola! —exclamó Colin—. No suponía que los leales del *Semew* fuesen también a bordo. Entonces no arrojes la bomba, Toni...; no hay que exponerse a herir a los valientes mar-

neros que luchan por recuperar el barco.

Acababa Colin de decir estas palabras cuando el motor del aparato empezó otra vez a fallar por la misma causa que le hiciera aterrizar primero. Y después de una serie de explosiones agudas, se paró cuando estaba ya encima del *Semew*. Llevado por su propio impulso, el ahora silencioso aeroplano siguió volando, aunque Colin veía que no tardaría en empezar a descender.

—¡Echa esas bombas al agua, Spring, y luego vela por tu vida, hijo mío, porque vamos a chocar contra el *Semew*.

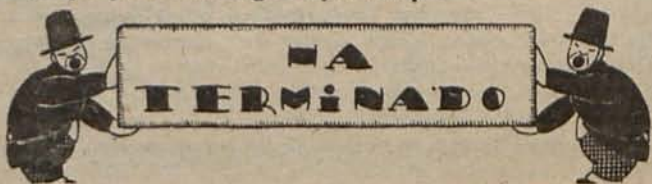
Y el *Silver Swift* dió la vuelta y se precipitó de cabeza contra uno de los extremos del puente del barco. De entre el montón de escombros a que quedó reducido el aparato salieron por el aire las dos figuras de Colin y Toni. Este fué a caer en medio de uno cuantos que luchaban sobre cubierta, y Colin fué a parar al puente, a un metro de distancia de Pedro Gómez, que iba en el timón llevando el barco a toda velocidad hacia la niebla. Y antes de que tuviera tiempo a reponerse de la sorpresa, Colin se echó sobre él y le tiró desde el puente a la cubierta de abajo. Luego, apoderándose del timón, hizo virar al *Semew* hasta ponerlo frente al *Huracán*, que se aproximaba. Pero la victoria no estaba ganada por completo porque asaltaron el puente tres de los sublevados. Colin, cogido al timón con una mano, rechazaba a los hombres con la otra, y así resistió tres minutos, hasta que, al fin, le hicieron caer al suelo.

Pero entonces ya venía por uno de los costados un bote del *Huracán*, y diez hombres subían desde él al *Semew*. Este refuerzo decidió el éxito de la batalla, y al parar el barco, llegaba otro bote cargado de marineros.

Después que los revoltosos de Pedro Gómez fueron llevados a bordo del *Huracán*, Colin Wood se reunió con el capitán Wills, con los dos aviadores y con los marineros leales de la tripulación. Ninguno de estos tuvieron que lamentar graves consecuencias de lo sucedido, pues sus heridas eran leves.

Colin se enteró de que había sido el capitán Forresterd quien antes de ser llevado de la isla logró transmitir el último mensaje que llevó al *Huracán* a la pista del *Semew*.

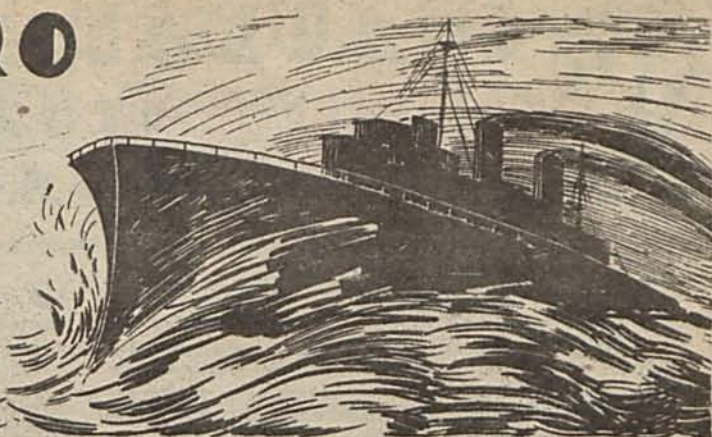
¡Y que por cierto llegó muy a tiempo!



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA

AVANCE



(Continuación.)

Ahora comprenderéis que yo no pudiera revelar a los jueces de qué modo había pasado aquella noche sin comprometer a mis correligionarios, porque habrían tenido que llamarles para que testificasen que mi afirmación era verdadera.

—Tenéis razón.

—Una perfecta solidaridad existe entre los fenianos. Estos deben ayudarse mutuamente, aun a costa de su propia vida.

Un lenguaje convencional, ya sea escrito, hablado o mímico, permite que se comuniquen sin que nadie pueda sorprender su significado.

—Así es que vuestro anciano presidente...

—Ha podido hablarme a pesar de la rigurosa vigilancia.

—¿Y qué os ha dicho?

—Esto: «Mañana por la noche tendrá lugar en esta casa un suceso que debe facilitaros la libertad. Estad dispuestos».

—Lo estaremos, ¡qué diablo! —prorrumpió el granuja Mop frotándose las manos y aplicándose a sí mismo la recomendación.

Alberto Wendover arrugó la frente.

—Mop, os he revelado cuanto me era posible sin comprometer a mis amigos —dijo—. Ahora os toca a vos. Espero el cumplimiento de vuestra promesa.

—Es justo; estoy dispuesto a cumplirla.

—Hablad, pues.

—Escuchadme. —repuso el ladrón con tono de gravedad—. La misma noche en que vos estabais en el Club de los fenianos yo me encontraba en Sailor's Street y trabajaba...

—Es decir, cometiais un robo.

—Como queráis; yo no discuto por cuestión de términos.

—Bien; proseguid.

—Pues trabajaba en el número 23, es decir, al lado de la casa que vos habitáis.

El cuarto que visitaba estaba deshabitado, pues los dueños estaban de veraneo o en los baños, no tengo seguridad, y el negocio prometía ser bueno, cuando un destello de luz me hizo estremecer de improviso y me hizo abandonar por un momento las ganancias.

No oyendo ruido alguno, me rehice y me acerqué para ver de donde salía aquel rayo luminoso, observando que salía de una ventana que juntamente con la de la estancia en que yo me encontraba formaba el ángulo septentrional del patio en dos muros distintos.

Por tanto, las dos ventanas estaban próximas, y desde la mía se podía mirar por la otra y observar lo que sucediera en el interior.

Yo soy curioso...

—¿Y mirásteis? —preguntó ansioso Alberto.

—Sí.

—¿Y qué visteis?...

—Vi un hombre que descolgaba algunos cuadros e introducía entre el cartón y la estampa hojas de papel que a mí me parecían billetes.

Yo seguí con un delicioso estupor aquella curiosa operación, y cuando vi al desconocido colgar de nuevo los cuadros en su lugar y marcharse luego sin hacer ruido, dije para mí: «Bueno, éste es un avaro que esconde su tesoro antes de partir para la playa. Creo que tú, mi querido Mop, no dejarás transcurrir mucho tiempo sin hacerle una visita».

¡Ay de mí! Al salir del cuarto en que había hecho botín, un candelabro de plata que había metido en el saco se desarmó haciendo un ruido espantoso que fué como una voz de alarma, pues atrajo una nube de vecinos y fui atrapado.

Claro es que si yo no hubiera sido preso, seguramente vos no estaríais aquí, pues no habría dejado pasar la noche sin haberme apoderado de vuestros cuadros.

Alberto Wendover se había puesto terriblemente pálido durante aquella narración.

—¿Podrías describirme al hombre que escondía los billetes?

—Claro que sí.

—¿Era alto?

—Sí.

—¿Vigoroso?

—Sí.

—¿De aire distinguido?

—Sí.

—¿Rubio?

—No, moreno.

—¡Ah!... ¿Barba a la moda..., negra?

—Sí.

Alberto lanzó un rugido.

—¡Era él, Jaime Davy! ¡Ah miserable, miserable!...

Y se dejó caer, escondiendo entre las manos el rostro para sofocar los gritos de rabia que le salían del corazón.

IV

LA EVASIÓN DE LIVERPOOL

El enorme edificio de las prisiones de Liverpool dormía en silencio en medio de la oscuridad, cuando de improviso oyóse un grito terrible seguido de algunos disparos.

—¡Fuego..., fuego!...

Era poco más de media noche y una espesa niebla otoñal envolvía los edificios, haciendo vagas e indeterminadas sus líneas.

Alberto Wendover y Mop, su compañero de celda, encaramados en las rejas del ventanillo, miraban con ansiedad al exterior, esperando el suceso en virtud del cual habían de verse libres.

Alberto temblaba de impaciencia y de inquietud. Había recibido pocas horas antes el anuncio de que iba a ser conducido a galeras en un convoy de condenados.

Hacia dos meses que estaba allí el inocente, encerrado como una fiera, como el último de los malhechores, entre cuatro paredes desnudas, mudas, insensibles, inquebrantables.

Dos meses que lloraba o maldecía, oraba o profería horribles blasfemias. Dos meses que le habían parecido dos años, dos siglos.

A tal grito, tan repentino e inesperado, seguido de disparos, sintió al punto un confuso estupor y una sensación casi de espanto.

Pero recordó en seguida el aviso del viejo feniano, y al punto se recobró, y una gran confianza, así como el propósito de intentarlo todo a cualquier precio, le devolvió el ánimo.

Mop permaneció impasible.

—Esto se quema —se limitó a exclamar, observando que la niebla se tenía poco a poco de reflejos rojizos.

—¡Silencio! —le advirtió Alberto — y preparaos.

—Yo lo estoy siempre.

—¡Diablo!... ¿Qué pasa ahora?

Un murmullo que iba extendiéndose y subía rápidamente de tono se oía por toda la cárcel, en tanto que los reflejos rojizos se hacían cada vez más vivos y se sentían estallidos siniestros y fuertes crepitaciones.

Muy pronto el murmullo se convirtió en tumulto, en rugidos y gritos formidables.

Eran los reclusos, que dándose cuenta de que el penal ardía, pedían auxilio y protección. Fuera, las turbas, que crecían como un mar tempestuoso, respondían reclamando con amenazas su liberación.

—¡By-God! —exclamó de pronto Mop—. El incendio crece.

—No os apuréis —dijo Alberto Wendover.

—Pero ¿vamos a dejarnos asar?

—Es imposible.

—Sentiría mucho acabar como un San Lorenzo cualquiera.

(Continuará en el número próximo.)



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

tenido conmigo, pues siempre me ha considerado como a un hermano. Hoy lo he visitado y me ha invitado otra vez, y yo le he dicho que no podía aceptar por tener que estar a tu lado. El me ha dicho: «Tráelo también contigo», y yo le he contestado que a ti no te agradaría, y me he permitido, en cambio, invitar a él y a sus hermanos (sus dos hermanos estaban sentados con él), creyendo que reusarían aceptar; pero a ellos les ha parecido muy bien y me han dicho que esperarán a la puerta de la Zauia. He venido con mi hermano y temo que te parezca mal lo que he hecho; ¿confortarás mi corazón y les darás hospitalidad esta noche? Tú eres rico, hermano mío; pero si por cualquier razón no te gustara esto, dimelo, y yo los recibiré aunque sea en casa de algún vecino.

—¿Por qué has de tener que ir a casa de ningún vecino? —replicó vivamente Chaudar—; ¿es que nuestra casa es estrecha o que no tenemos nada que darles de comer? Haces mal en consultarme esto. No tienes que hacer sino pedirme que traiga manjares exquisitos y dulces para tus huéspedes en cantidad que baste; y si alguna vez te ocurre venir con gente y yo no estoy en casa, pide a nuestra madre la comida que necesites, que ella te la dará. Ahora vete y trae a tus amigos en seguida, para que entre a nuestra casa la bendición.

Besó otra vez su mano el párfido Sálím y se marchó a la puerta de la Zauia, donde esperó hasta después de la oración de la tarde. Llegó el capitán con sus hombres, salió a su encuentro y los condujo a casa de su hermano Chaudar.

—¡Bien venidos seáis! —le dijo éste al verlos llegar, haciéndoles sentarse y tratándolos con toda cortesía, pues no podía sospechar lo que tramaban.

Pidió la cena a su madre, que sacó de la alforja mágica cuarenta platos diferentes. Comieron hasta hartarse; se levantaron los manteles, y los marineros creían que la cena era homenaje de parte de Sálím. Un rato antes de la media noche se sirvieron unos dulces y Sálím era el que hacía los honores, mientras sus hermanos estaban sentados. Al fin, el sueño cerró los ojos de Chaudar, y apenas estuvo dormido se abalanzaron sobre él, lo sujetaron fuertemente, le pusieron una mordaza en la boca y, cargando con él, salieron de la ciudad protegidos por las sombras de la noche y lo arrojaron a un barco, que inmediatamente salió para Suez; con grillos en los pies, trabajó el pobre Chaudar, resignado, durante un año de esclavitud y de cautiverio en aquel barco. ¡A tan triste condición lo había reducido sus malvados hermanos!

Los cuales, apenas amaneció, se presentaron a su madre, diciéndole:

—Madre, ¿aun no se ha despertado Chaudar?

—Pues despertadlo, hijos.

—¿Dónde está durmiendo?

—Con los huéspedes.

—Sin duda se ha marchado con ellos —dijeron los taimados— mientras los demás dormíamos. Parece que nuestro hermano deseaba ausentarse y soñaba con descubrir tesoros; en su conversación con los magrebíes les oímos decir: «Vente con nosotros y te enseñaremos un tesoro».

—¿Acaso se habrá ido con esos magrebíes? —exclamó la madre angustiada.

—¡Ojalá no hubieran sido nunca nuestros huéspedes! —exclamaron los hipócritas.

—Debe de haberse ido con ellos —dijo la madre resignándose— ¡Dios quiera hacerle el camino feliz! Tiene buena suerte; sin duda alguna volverá cargado de riquezas.

Y empezó a llorar, sintiendo el dolor de la separación.

—¡Desgraciada! —exclamaron furiosos los dos hermanos, viéndola llorar. Sólo quieres a Chaudar, y nosotros, lo mismo si nos ausentamos que si nos quedamos, no te causamos pena ni alegría. ¿No somos tus hijos lo mismo que Chaudar?

—Vosotros sois mis hijos, es verdad —contestó la pobre mujer—; pero vosotros sois unos miserables, que nunca me habéis guardado ninguna consideración. Desde el día en que murió vuestro padre no he visto en vosotros ninguna acción buena, y, en cambio, de Chaudar he recibido muchísimos beneficios; él ha fortalecido mi corazón, me ha honrado; es para mí un deber llorar su ausencia, él siempre se ha portado bien conmigo y con vosotros.

Al oír la expresarse de esta manera, los malvados se desesperaron más. Y se pusieron a buscar por todas partes las alforjas, hasta que las encontraron y sacaron las pie-

dras preciosas y el oro que contenían y luego cogieron la alforja encantada.

—Éstas son las riquezas de nuestro padre —le dijeron.

—No —replicó la madre—; son las riquezas de vuestro hermano Chaudar, que las trajo del Magreb.

—Mientes —exclamaron—, son las riquezas de nuestro padre, y nosotros las vamos a disfrutar.

Y partieron entre los dos el oro, las perlas, las piedras preciosas; pero cuando llegó el turno a la alforja mágica surgió la disputa.

—Yo me la llevaré —decía Sálím.

—No, será para mí —exclamaba Sólím.

Y la madre, poniéndose en medio de los dos, les dijo:

—Las alforjas que contenían el oro y las piedras preciosas ya las habéis partido; esta otra no podéis partirla, ni se puede valuar por dinero alguno; si se divide en dos trozos, se deshace el encanto. Dejadla en mi poder y yo os daré siempre lo que queráis comer; me contentaré con tomar un bocado con vosotros, y si queréis, dadme sólo lo que os sobrare, y cada uno se vaya por su camino. Vosotros sois mis hijos, yo soy vuestra madre; quedemos como estamos, pues tal vez vuelva vuestro hermano y vosotros quedaréis afrentados.

Ellos no escucharon las palabras de su madre y siguieron disputando hasta la noche. Oyólos un arquero de la guardia del rey, que estaba invitado en la casa vecina de la de Chaudar; había una ventana abierta, y por ella el arquero oyó y se enteró de toda la disputa y de lo que trataban los dos hermanos. Apenas amaneció, el arquero se fué a ver al rey, llamado Xems Eddaula, que reinaba en Egipto por aquella época, y le contó las cosas que había oído. Mandó el rey a sus guardias que le presentaran a los hermanos de Chaudar. Sometidos a tormento, confesaron, y el rey se incautó de las dos alforjas; a ellos los metió en un calabozo, y a su madre le asignó una pensión diaria para sus alimentos.

Por lo que toca a Chaudar, había pasado ya un año trabajando como esclavo en el barco, cuando cierto día se levantó una tormenta que arrojó la nave contra una roca y la estrelló. Murieron todos los que iban en ella y solamente Chaudar pudo salvarse. Una vez en tierra, caminó sin descanso hasta que encontró un campamento de árabes. Preguntáronle, y les contó su naufragio y el resto de su historia. Había en el campamento un comerciante de Chidda, que se compadeció de él.

—¿Quieres entrar a mi servicio, hombre del Cairo? —le dijo.— Yo te vestiré y te llevaré conmigo a Chidda.

Aceptó Chaudar y se fué en su compañía. El amo lo apreciaba; y habiendo decidido hacer la peregrinación, se lo llevó consigo a la Meca. Quiso Chaudar cumplir con el precepto de la peregrinación, y empezó a dar las vueltas rituales alrededor de la Casa Santa de la Caaba, y en una de ellas se encontró con su amigo el magrebí Abdessamad.

Apenas lo vió el magrebí lo saludó con mucho cariño y le preguntó qué vida llevaba. Chaudar rompió a llorar y le relató las desgracias que le habían sucedido. Llevóselo el africano a su casa y lo agasajó extraordinariamente, regalándole un vestido de magnificencia sin igual.

—Se han acabado tus penas —dijo a Chaudar; y seguidamente trazó en la arena unos círculos cabalísticos y vió lo que había acaecido en El Cairo a sus hermanos, contándoselo a Chaudar y diciéndole que sus hermanos estaban presos en un calabozo por orden del rey.

—Estate, pues, tranquilo y acaba los ritos de la peregrinación; después, todo se te arreglará con bien.

—¡Señor! —dijo entonces Chaudar—. Espero que me permitas ir a despedirme del comerciante con quien he estado; luego volveré contigo.

—¿Tienes algún dinero allí?

—No.

—Pues ve a despedirte de él y vuelve en seguida; el haber comido el pan en una casa obliga a las personas dignas a guardarle atenciones.

Despidióse Chaudar de su amo diciéndole:

—He encontrado a mi hermano.

—Tráelo contigo —le replicó— y le daremos hospitalidad.

(Continuará en el número próximo.)

La ciudad ardiente

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Cuéntase, que en cierto país, hubo dos condes, llamados el uno Aroldo, y el otro Ulrico. Eran tan amigos, que primero salía el sol sin sombra que ellos el uno sin el otro. Tenían sendos castillos, no muy distantes entre sí, y en ellos residían sus hermosas y jóvenes esposas.

Por asuntos de intereses llegaron a enemistarse tanto que, de amigos que eran, se convirtieron en feroces enemigos; pero enemigos mortales.

Sucedió una vez que el conde Aroldo, emprendió un largo viaje en compañía de su esposa y su pequeño hijo, llamado como su padre, también Aroldo.

Supo Ulrico el proyectado viaje y armó a su gente, apostándose con ella en un recodo del camino. Al llegar a ese punto, el conde Aroldo fué atacado por su enemigo, trabándose encarnizada lucha.

La condesa, viendo aquella feroz pelea, tomó a su hijo en sus brazos y corrió hacia el bosque vecino, depositando el niño sobre la hierba, al abrigo del ramaje; le besó cariñosamente, dejándole allí sus ropitas y una cajita que contenía papeles de interés para el niño. Llorando amargamente volvió al lado de su marido, en el preciso momento en que éste, herido mortalmente por el conde Ulrico, caía para no levantarse más. Fué hecha prisionera la condesa y llevada al castillo enemigo; allí la encerraron en una altísima torre.

Veamos qué ocurrió al pequeño Aroldo.

Por aquellos bosques vivía un ermitaño, en compañía de una cabra, único sér viviente que le acompañaba hacía muchos años.

Cierto día salió la cabra como de costumbre a pastar por aquellas soledades. Al anochecer regresó a la choza.

El ermitaño fué a ordeñarla, como de costumbre, para cenar un vaso de leche, y se encontró que estaba ordeñado el animal. Grande fué la sorpresa del solitario que tuvo que acostarse sin cenar.

Al día siguiente, no bien hubo abierto la puerta, cuando la cabra echó a correr desapareciendo muy pronto por el bosque. El pobre anciano eremita corrió hacia el bosque, pero no oyó ni el menor ruido.

Al anochecer regresó la cabra como el día anterior,

sin una gota de leche. El penitente estaba intrigado con aquello y resolvió atar al animal.

Al día siguiente, apenas abrió el anciano la puerta, quiso la cabra echar a correr como la víspera, pero no pudo por estar atada. Empezó a balar desesperadamente y a dar saltos. El ermitaño la soltó y la siguió hacia el bosque. Pronto desapareció de su vista, pero el buen anciano le siguió la huella sobre el césped.

Grande fué la sorpresa del anciano al encontrar a la cabra dando de mamar a un hermoso niño que yacía recostado sobre las hierbas. Inmediatamente le tomó en sus brazos, y seguido de la cabra, le llevó a la choza en que residía. Desde aquel día no volvió la cabra a alejarse de la vivienda.



Aquel niño era Aroldo, hijo del conde Aroldo de Alba Bella, y de la condesa Blanca Rosa, su esposa.

El eremita revisó aquellas ropas y el contenido de la cajita; todo lo guardó religiosamente para el porvenir.

Aroldo creció hermoso y robusto, y el anciano, que en el mundo había sido hombre erudito, fué su preceptor.

Diez años después el ermitaño enfermó gravemente, y notando que se acercaba su fin, llamó a Aroldo, que ya contaba veinte años, y le habló así:

—Hijo mío, hace veinte años que te encontré abandonado en el bosque —y continuó toda la narración ya descrita— Voy a morir. Cuando esto suceda, entierra mi cuerpo al pie de un árbol y pon una cruz por todo adorno sobre mi sepulcro. Después, toma una cajita que está en el estante de los libros, como cosa tuya, y parte del bosque. Que Dios guíe tus pasos en el mundo y conserve tu alma pura como hasta hoy.

El anciano murió pocos días después y Aroldo cumplió cuanto le había recomendado. Abundantes lágrimas derramó el joven sobre la fosa de su único amigo en la tierra, y tomando la cajita, emprendió el viaje en busca de gentes y poblados.

Durante las horas de descanso, leyó atentamente los papeles de la cajita y, como él ignoraba las grandezas del mundo, no hizo alarde de sus riquezas ni títulos nobiliarios.

Después de varios días de marcha llegó Aroldo a una pobre aldea, y lo primero que encontró a su paso,



fué la casa de un herrero. Presentóse al dueño de la herrería, demostrándole el deseo de trabajar. El herrero, viendo ante sí aquel gallardo mancebo de hercúleas formas y, sobre todo, desconocido, quedó sorprendido.

Por complacerle le dijo:

—Deseo probar tu fuerza. Da con el mazo un golpe en el yunque.

Aroldo tomó el mazo y dió tal golpe sobre el yunque, que le hundió un metro bajo tierra.

—Está bien —dijo el herrero—; sí, tienes fuerza; puedes quedarte a trabajar —prosiguió admirado de tal potencia.

El joven trabajó con tal empeño, que pronto fué el primero en la herrería. Con permiso del maestro se hizo una espada de dos metros de longitud para su uso particular.

Pasado un tiempo, envió el herrero a Aroldo al bosque a buscar leña. Decíase que en ese bosque residía un enorme dragón que devoraba a todos los que en mala hora entraban en él. Nadie quería exponerse por esto a cortar leña; pero como Aroldo ignoraba la existencia del monstruo y él era extraño en aquel lugar, le designaron para ir a este temido sitio.

Alegre y feliz partió el mozo, llevando su gigantesca espada. A poco de llegar oyó un ruido profundo y un aleteo enorme, a la vez que la luz del sol se oscurecía. El no sabía qué era aquello, y notando que de lo alto se oían resoplidos fortísimos, miró hacia arriba. Cualquiera, no siendo Aroldo, habría muerto de miedo al ver aquel horrible animal despidiendo llamas por los ojos, humo por las narices y boca, con grandes garras y una enorme cola como una serpiente. Grandes cuernos llevaba en la cabeza, y todo el cuerpo cubierto de escamas, teniendo, por fin, una cola terminada en una ponzoñosa saeta.

Viendo Aroldo aquello empuñó su espada, dispuesto a defenderse. No bien se había preparado, cuando se le vino encima aquel feroz animal. Aroldo, con toda destreza, le recibió en la punta de la espada, atravesándole de parte a parte; cayó el dragón al suelo, revolcándose en un lago de sangre que salía por la herida.

—¡Aroldo! ¡Aroldo! —cantó un pajarito.

—¿Qué dices? —preguntó el aludido.

—¡Date un baño en la sangre del dragón, y tu cuerpo tomará la resistencia del acero! ¡Serás invulnerable!

Desnudóse el joven y se bañó en aquella sangre caliente. Una hoja cayó de un árbol y se adhirió a su espalda, quedando aquel sitio vulnerable, puesto que no lo bañó la sangre del monstruo, ya exánime.

Grande fué el asombro del herrero y aprendices al ver regresar a Aroldo. El, con toda sencillez, contó la muerte del dragón, y todos los aldeanos quedaron muy agradecidos por haberles librado de este azote.

Una tarde en que el herrero estaba rodeado de sus amigos se le ocurrió decir:

—Saben ustedes que tengo un mozo en el yunque llamado Aroldo, el que nos libró del maligno dragón. Nada sé de su procedencia; pero su nombre me trae a la memoria una anécdota, que referiré a ustedes y que ya tenía olvidada. Ya ven ustedes que soy casi un anciano, y esto ocurrió cuando yo era un joven. Escuchen ustedes.

Lentamente refirió toda la historia del conde Aroldo padre. Aroldo oía toda aquella narración, y cuando obtuvo datos del sitio en que se encontraba el castillo, dijo al herrero:

—Señor herrero, mañana debo dejar a usted. Tengo algunos asuntos de familia que arreglar.

Al día siguiente partió el joven hacia el condado de sus padres. Se presentó al conserje del palacio, y mostrando sus

papeles, demostró ser el actual conde de Aroldo de Alba Bella. Informado el Rey de aquello, dió orden de dar al joven sus dominios y riquezas.

No bien se encontró Aroldo dueño y señor de sus vasallos, les reunió y les exhortó a seguirle, pues él quería pedir cuentas al conde Ulrico de sus padres, pues al herrero oyó decir que conservaba aún presa a la condesa.

El conde Ulrico supo la aparición del hijo de su enemigo y esperaba que llegara a reclamarle por su atropello.

Al amanecer de cierto día llegó a sus oídos el toque del clarín, y abriendo sus ventanas vió en la plaza del castillo a Aroldo con su gente, que le retaba y a la vez pedía una entrevista con el viejo conde.

Este no vaciló en acudir al llamamiento del mozo, y haciendo bajar el puente levadizo, fué solo al encuentro del joven conde. Aroldo se vió pronto en presencia del anciano, pues ya lo era en aquella época.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Ulrico.

(Concluirá en el número próximo.)



¡ESTE TIO ES
TARIA MUY
BUENO CON
TOMATE!

¡MEJOR
EN SAL-
SA!

¡SI! ¡SI!
¡MAYONE-
SA!

¿COMEMOS
O QUE?

¡TENGO
HAMBRE!

PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA

¡OYE, ALEJANDRO!
¡ME VAS A AYUDAR
A DAR UNA SORPRE-
SA A TIO BIM!

¡ESTATE QUIETE
CITO HASTA QUE
YO TE DIGA!

¡TU NO SABES CUAN-
TO LE GUSTA A TIO
BIM EL PESCADO
FRESCO!

¡METE LA RED CON
CUIDADITO, Y NO HA-
BLES ALTO PARA NO
ESPANTAR A LOS
PECES!

¡DESPACITO!
¡DESPACITO!
¡BRAVO!
¡ÉCHAMELO
AQUÍ!

¡ESTUPENDO!
¡AHORA DEN-
TRO OTRA
VEZ!

¡NO SAQUES YA
MÁS QUE UCIO Y
NOS VAMOS A
CASA!
¡VAYA CENA!

¿PERO ES
QUE HAS CO-
GIDO UNA
BALLENA?

¡EH! ¡CUIDA-
DO!

¡SOCORRO!

A CASA DE
TIO BIM
25 Kmts.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



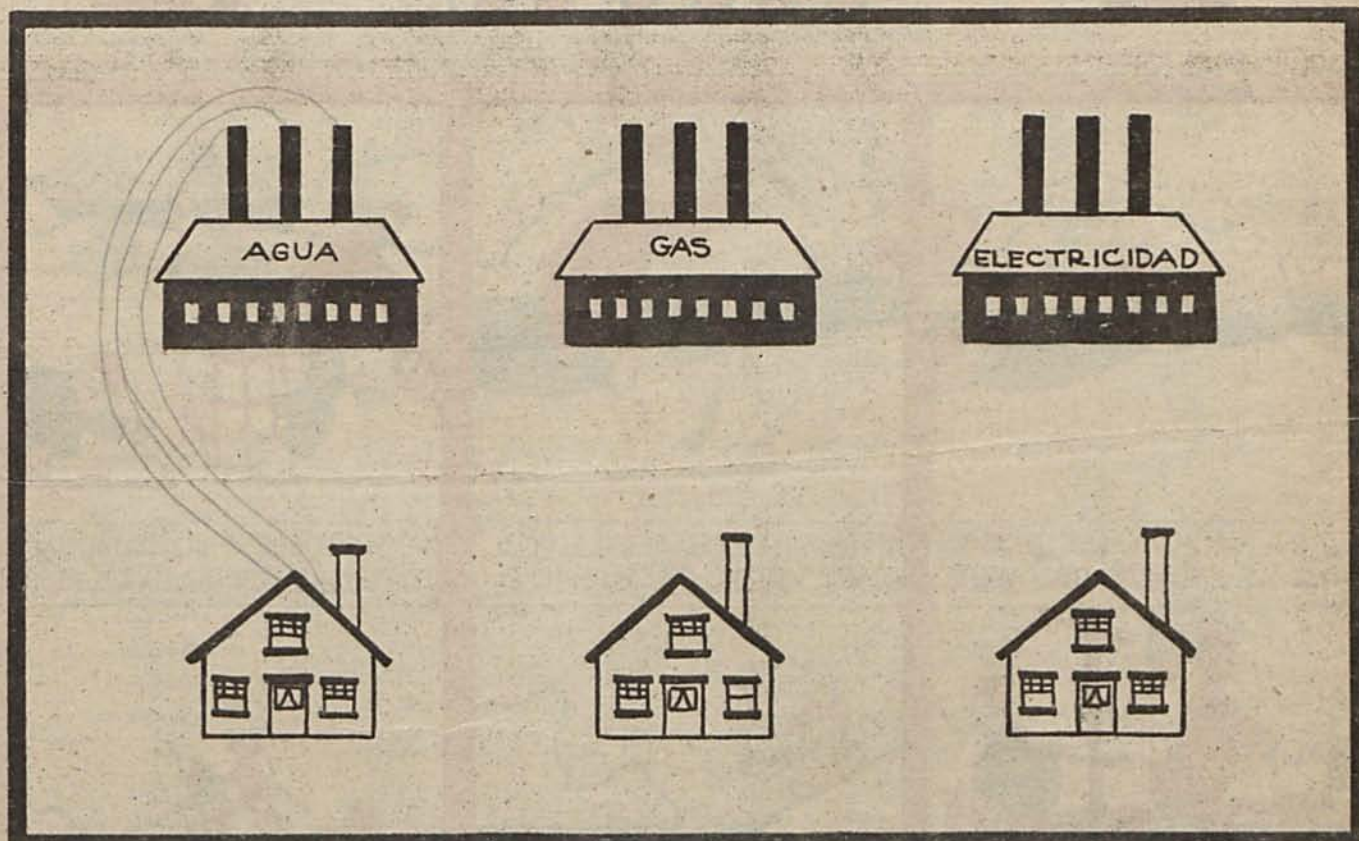


COLORÍN Y SU PANDILLA



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

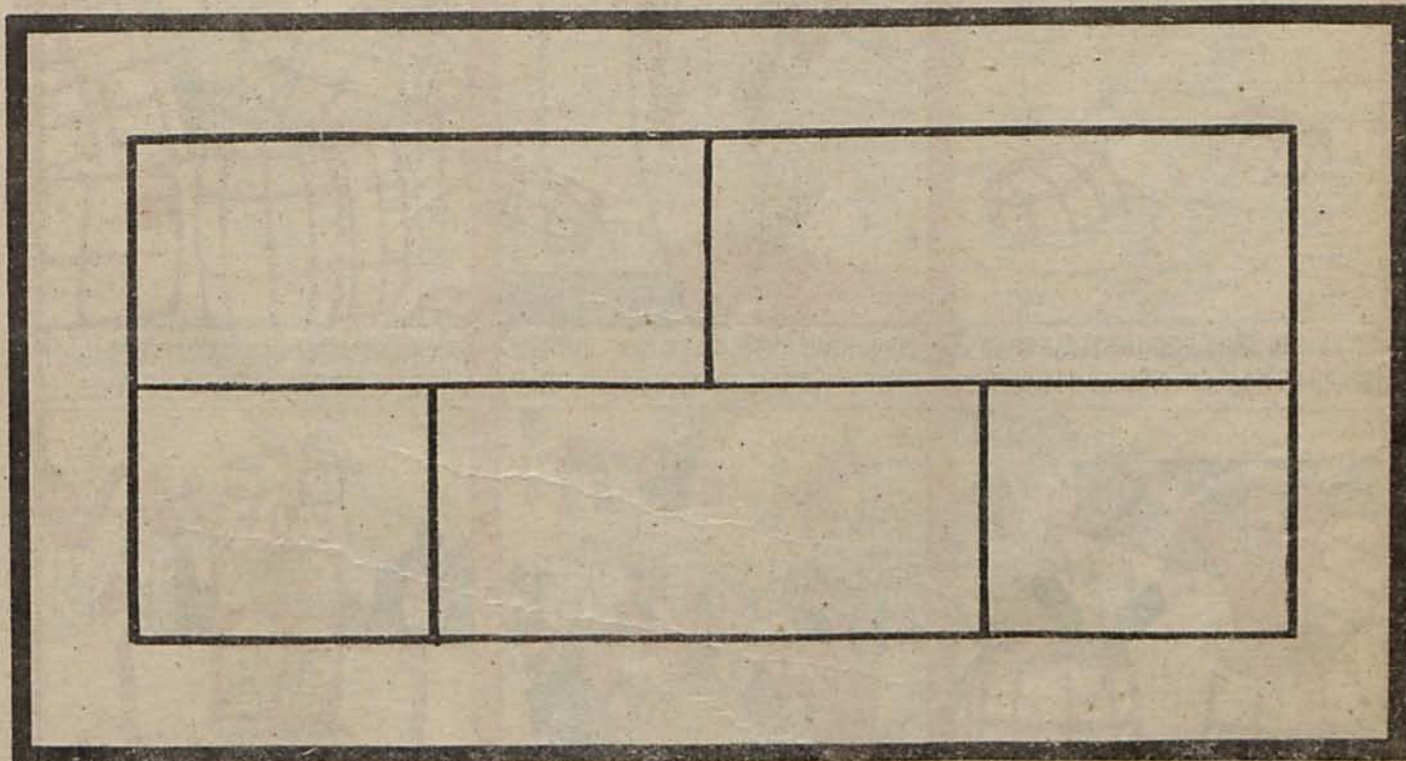
PROBLEMA DE INGENIERÍA



Con este problema, queridos amigos Pinochistas, trato de estimular en vosotros las cualidades de ingeniero que, quién más quién menos, todos llevamos dentro. El problema no es precisamente mío; es de Don Turulato, uno de los personajes más seudos de nuestra revista.

En este problema, como veis, hay en la parte superior del dibujo tres edificios: uno es un depósito de agua, otro una fábrica de luz eléctrica y el otro una fábrica de gas. Debajo hay edificados tres hotelitos, los primeros de una gran barriada que pensamos formar para que habiten todos los personajes de PINOCHO, pues, dicho sea de paso, con ser el edificio de la Editorial "Saturnino Calleja" muy grande, ya va siendo pequeño para tanto «caballero». Como os iba diciendo, estos tres hotelitos necesitan agua, luz y combustible para calefacción y para guisar, y, por consiguiente, hay que llevar estas tres cosas. ¿Cómo? Ya sé lo que me vais a contestar: —Pues por medio de cañerías. —¡Claro! ¡Pero qué listos sois! El intringulis está en que estas cañerías las tenéis que trazar vosotros, y este trazado tiene que ser igual al que hay en el plano que ha hecho Don Turulato. Consiste dicho trazado en que ninguna cañería se toque ni cruce; una cañería pasará por debajo de uno de los hoteles. Estas cañerías son nueve, partiendo tres de la fábrica de electricidad, tres de la fábrica del gas y tres del depósito del agua, yendo cada una de ellas a parar a uno de los hoteles.

LOS CUADROS (PROBLEMA)



He aquí un problema que aunque sencillito al parecer, no lo es tanto. Su autor, el joven Potipán, el de los pantalones a cuadros y el hongo leonado, me lo entregó ayer mismo, diciéndome con ese gesto petulante que adopta en los grandes casos: —Pinocho, ahí le entrego un problema para el núm. 92 de la revista. Lo he hecho yo solo; Cañamón no tiene parte en él; le digo esto para que se lo diga usted así a los queridos Pinochistas. Y yo así es lo digo para que conste.

La solución de este problema consiste en trazar una línea, partiendo de un ángulo, y que corte una sola vez las que forman los cuadros del dibujo. Tened en cuenta que esta línea no puede pasar nada más que una vez por encima de cualquier lado de los cuadros, pero sin dejar ninguno. Únicamente se considera que toca en dos trazos, sin cortarlos, la línea que parte del ángulo.



TRISTÁN EL PILOTO



UN DIA, HALLARON! ALFIN! AL MISMI-
MO POLO CON SOMBRERITO DE PAJA



Y TRISTAN EN VISTA DE QUE EL POLO
NO SE DESCUBRÍA, LO DESCUBRIÓ EL



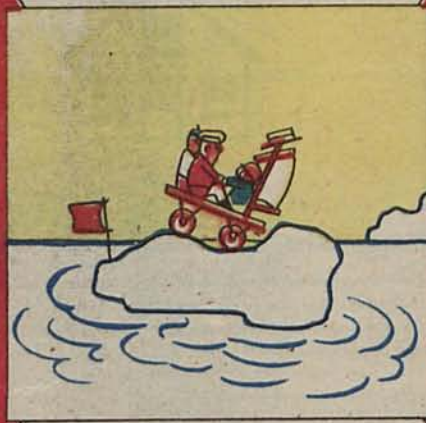
SATISFECHOS DE SU HAZAÑA HICIERON
LOS PREPARATIVOS PARA EL REGRESO



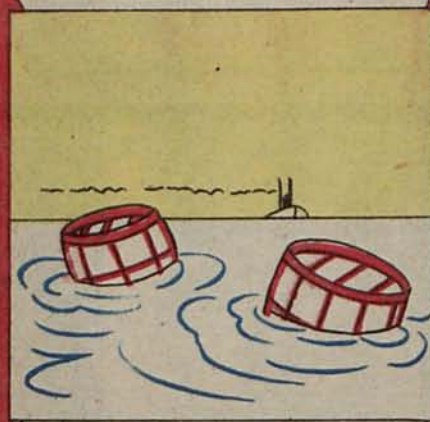
PEÓN INVENTO UNA PLATAFORMA RO-
DANTE QUE SE BEBIA LOS KILOMETROS



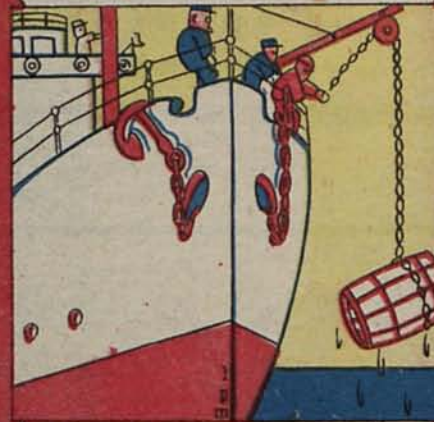
COMO SOBRABA VELOCIDAD Y FALTABAN FRE-
NOS, CAYERON DE MARICES EN UN TEMPANO



EN EL QUE NAVEGARON VARIOS DIAS
HASTA QUE EL TEMPANO SE DERRITIÓ



ENTONCES DECIDIERON METERSE EN LOS
BARRILES Y ENCOMENDARSE A SU SUERTE



UN BUQUE MERCANTE QUE VIÓ LOS
TONELES, SE DETUVO Y LOS RECOGIÓ



COMO CREYERON QUE CONTENDRIAN
VINO, FUERON A PARAR A LA BODEGA



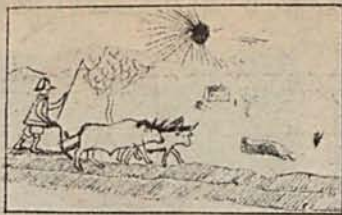
Y CUANDO LOS DESEMBARCARON EN EL
MUELLE SE DESTAPARON LOS BARRILES



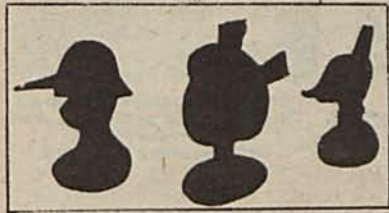
AL LLEGAR A SU PUEBLO SE LES HIZO
UN CARINOSISIMO RECIBIMIENTO



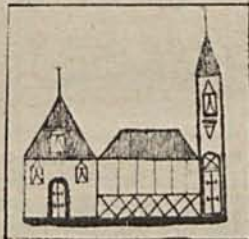
Y EN UN PRECIOSO MONUMENTO SE PERPE-
TUO LA MEMORIA DE LOS HEROES DEL POLO



Pinocho arando.
FRANCISCO RODRÍGUEZ.
Doce años.

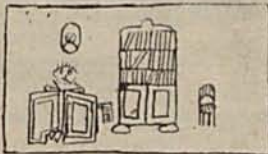


Sombras.
A. SARACHAGA.
Trece años.

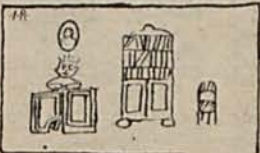


La casa de Don Turulato.
M. GARAY.
Catorce años. Madrid.

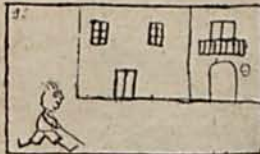
HISTORIETA



Un escribiente con mucho cartel,
escribía todo al revés.



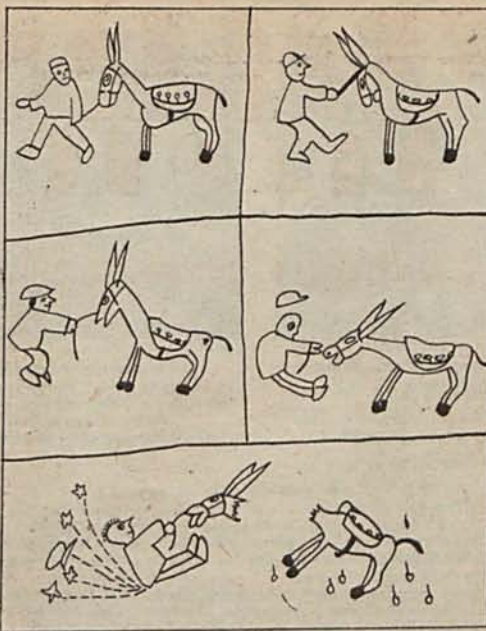
Un día, por poner Mariquita,
puso el señor «Marisita».



Iba siempre a la oficina
a la hora de las gallinas.



Y ha tenido faltas ocho,
por no leer a PINOCHO.



Terrible cosa que a Curro
le sucede con su burro.
EMILIA REY.—Doce años. Madrid.

Los malos y los buenos consejos.

Antonio, huérfano de padre y madre, pedía limosna para sostener a su pobre abuela. Esta quería con delirio a su nieto.

Antonio empezó a reunirse con otros niños que le aconsejaban que el dinero que cogiera lo jugara con ellos, y así podría ganarles y tener más. Tantas y tantas veces se lo aconsejaron que, al fin, lo convencieron, y Antonio, desde entonces, fue otro completamente: no llevaba dinero a su abuela casi nunca, pues siempre que jugaba lo perdía; luego aprendió a decir frases indignas, le contestaba a su abuela y, a veces, la amenazaba con pegarle. Esta sufría mucho, y de los disgustos envejeció rápidamente.

Un día en que jugaba como de costumbre con los otros, se pelearon y se dieron de bofetadas hasta ponerse como tomates. Entonces riñeron y cada uno se fue por su lado. Antonio, al pasar por un puesto de frutas, tuvo una mala tentación, y burlando la vigilancia del vendedor, cogió hasta una docena de peras. Un señor que vio la mala acción del niño lo llamó y le habló en estos términos: «Lo que acabas de hacer no es digno de un niño, sino de un ladrón». El niño, casi llorando, le respondió que lo había hecho porque no tenía qué comer. «Pues aunque estés muerto de hambre, déjate matar antes que robar. Toma y paga lo que has robado».

Cuando el niño hubo pagado, el señor, que se llamaba don Ricardo, le preguntó:

- ¿Tienes padre?
- No, señor.
- ¿Y madre?
- Tampoco.
- Entonces, ¿no tienes a nadie en el mundo?
- Sí, señor; a una abuelita que es muy buena y a la que debo buscarle la comida.
- ¿Tendrías inconveniente en venirte a trabajar a mi casa?
- No, señor.

Así vivió un poco de tiempo, cuidando de su abuela, hasta que ésta murió, pues era muy viejecita.

Entonces D. Ricardo lo llevó a vivir con él y llegó a quererlo como a un hijo. Este ayudaba a su padre adoptivo a despachar sus asuntos y a cobrar fuertes sumas.

Unos ladrones, enterados de que D. Ricardo tenía un buen capital, pensaron en secuestrar a Antonio, para lo que, un día en que éste fue solo a dar un paseo, le salieron unos hombres a su encuentro, y tapándole la boca, se lo llevaron en un «auto». Cuando eran próximamente las tres de la madrugada, lo llevaron delante de la casa de su protector y le dijeron que llamara, que ya se encargarían ellos de hacer lo restante; pero al llegar Antonio a la puerta, acordándose de la máxima del que hacía de su padre, «Déjate matar antes que robar», se dijo: «Pues que me maten a mí y no a mi padre adoptivo». Y cuando los ladrones llamaron a la puerta, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: «No abrir, que son ladrones». Entonces éstos dispararon sobre el niño, el cual, lanzando un ¡ay! agudo, cayó al suelo. Una pareja de guardias que acortó a pasar por allí en el momento de los disparos apresó a los agresores.

Don Ricardo, al oír dichos disparos, bajó, y al abrir la puerta se encontró a Antonio, quedando sorprendido ante la noble acción realizada por éste. Desde aquel día D. Ricardo aumentó su cariño sobre Antonio, el cual siguió con los asuntos antedichos.

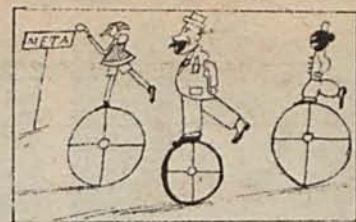
Años después vino de América un hermano de D. Ricardo. Este, al poco tiempo de venir su hermano, cayó enfermo y se agravó tanto, que viéndose ya morir llamó a Antonio y le dijo: «Mi vida se acaba. Como no tengo hijos que me hereden, te dejo a ti por mi heredero, en memoria de tus acciones y de la noche aquella en que me salvaste la vida y a ti te hirieron».

A los pocos momentos presenciábase en la estancia un cuadro bastante triste, imposible de describir: D. Ricardo había muerto.

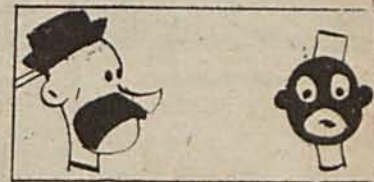
El hermano de D. Ricardo tenía una hija guapísima. Esta se enamoró de Antonio y ambos se casaron, viviendo muy felices.

Este cuento os enseña, queridos compañeros, «que siempre debéis procuraros buenas compañías y ser agradecidos a los que hacen el bien».

RAFAEL NARBONA.
Trece años. Córdoba.



Carrera de aros.
M.^a JOSEFA SÁNCHEZ.
Ocho años. Madrid.



Mis buenos amigos Don Turulato y Currinche.
JOSÉ FERRER.—Once años.



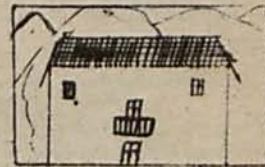
Un rincón de la costa.
MILAGROS REQUENA.
Diez años. Madrid.



Mis mejores amigos.
TRISTÁN LA ROSA.
Nueve años.



El aviador Galarza.
ÁNGEL ROJO MELERO.

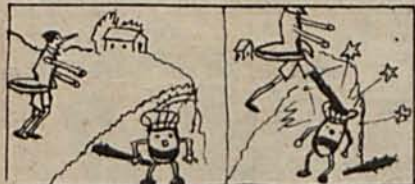


La casa de mis tios.
PABLO ANGITO.
Diez años.



Un asno.
L. CASARES.

HISTORIETA



Chapete.—¡Ahí viene Pinocho! Le voy a dar un susto.
Mas Pinocho lo ha notado, y lo deja espachurrado.
BLANCA M. JIMÉNEZ.
Diez años. Ecuador.



Don Turulato y Currinche van a los toros.
ALFONSO RODRÍGUEZ.
Catorce años. Algeciras.



Luis era un chico muy goloso.
Y su hermano cazó una avispita.
La puso en un dulce, y le picó a Luis en la lengua.
PIEDAD MUÑRAQUÍ.—Guayaquil.



Era el panchete Ventura esta hermosa criatura.
Y porque le dió la gana, se embarcó para la Habana.
Una vez que allí llegó, grandes pascos se dió.
Cuando sintió hambre canina, se merendó una gallina.
Sin decir oste ni moste se encaramó por un poste.
Y cual todo valentón, acabó en la prevención.
FERNANDITO LAGARTUNE.

GALERÍA DE RETRATOS DE PINOCHISTAS PREMIADOS Y SUSCRITORES



Leopoldo Sañudo.



Mercedes Rey y Nena Díaz de Cuesta.



José Antonio Egullea.
Tercer premio del sorteo de regalos mensuales a los suscritores, correspondiente al mes de abril.
Quince pesetas en libros.



Josefina Rodríguez Gómez.
Cuarto premio del concurso de problemas del mes de abril.
Diez pesetas en libros.



Mariposa.
AMPARIN GARAY.
Diez años. Valencia.



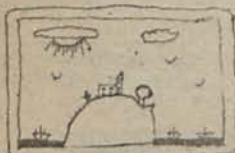
Rosa silvestre.
PILAR REGOYOS.
Once años.



Mi amigo Pinocho.
EMILIANO GARCÍA.
Ocho años. Madrid.



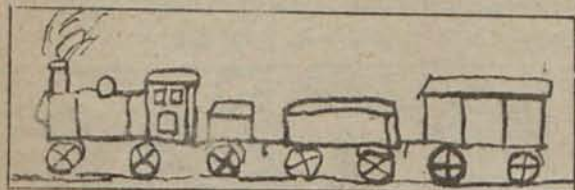
El buho de Chonón.
MARIO FERNÁNDEZ.
Siete años. Orense.



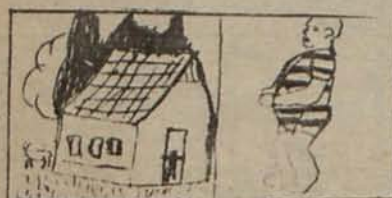
El peñón de las gaviotas.
ADOLFO GARCÍA.
Málaga.



Mi enemigo.
GUILLERMO ANTONI.
Once años. Madrid.



El tren más rápido del mundo.
MARÍA LUISA TRAFOTE.
Siete años. Gijón.



Mi casita y mi hermano.
YOLANDA MUIRRAQUI.
Ecuador.

El pastor ministro.

Había una vez un rey muy bueno, como lo son todos los de los cuentos y algunos de la historia. Pero el rey sufría mucho porque veía que el pueblo lo pasaba mal.

El rey, viendo esto, mandó echar pregones en busca de un hombre honrado para nombrarle ministro de Hacienda.

Trabajo costó encontrarle, porque los que se ofrecían a ello no eran honrados.

Pero al fin se encontró un pastor que estaba apacentando sus carneros y tocando la churumbela, el cual consintió ser ministro, porque no sabía lo que era eso.

Y lo fué y administró honradamente, y el pueblo comenzó a estar mejor. Pero el pastor se aburría mucho siendo ministro, y los envidiosos le daban muchos disgustos. Sólo se le veía alegre cuando se encerraba en un cuarto a tocar su churumbela. Por esto los envidiosos dijeron al rey que en aquella habitación guardaba el pastor los tesoros que estaba robando al mismo rey y al pueblo.

El rey, aunque no creía tal calumnia, fué secretamente a ver lo que hacía el pastor allí encerrado.

Abrió la puerta con una llave falsa que había mandado hacer, y cuál no sería su sorpresa al ver que el ministro estaba sentado en el quicio de la ventana, mirando al jardín y tocando la churumbela como cuando era pastor. Además, en el cuarto no había caja, ni arca, ni mesa, ni nada donde guardar el dinero.

Entonces el rey, conmovido, abrazó a su ministro y le dijo que le pidiera lo que quisiese.

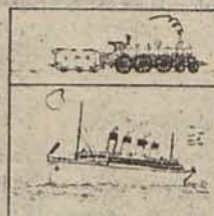
—Señor— dijo el ministro enseñando la churumbela que tenía—, estos son mis tesoros, y si vuestra majestad quiere que le pida algo importante, le pediré volverme con mis ovejas y no ser ministro ni un minuto más.

—Esa— le contestó el rey— es la única cosa que no puedo concederte, pues probada tu honradez, no tienes más remedio que seguir siendo ministro.

Al oír esto el pobre pastor tiró la churumbela y se puso a llorar amargamente, considerando que a los hombres honrados les toca fastidiarse por los que no lo son.

Azul y amarillo,
se acabó el cuentecillo.

CONSUELO ALONSO.
Trece años. Madrid.



Modernos medios de transporte.
F. GALIANA.—Madrid.



Mi pueblo.
ADOLFO LÓPEL.—Diez años. Madrid.



Un brujo.
JESÚS CAPELLA.
Ocho años.



Pirula en la Bombilla.
JUAN LÓPEZ CHICHE-RI.—Trece años. Madrid.



Fuente Pinocho.
LUIS CUAMET.
Doce años. Barcelona.

Historieta.



La cafetera ladina fumando un puro camina.



El señor tenedor roto está reyendo PINOCHO.



Aquí veis a la cuchara que su ropita repara.



Y la señora cazuela va riendo placentera.



La tacita pintoresca se está comiendo una fresa.



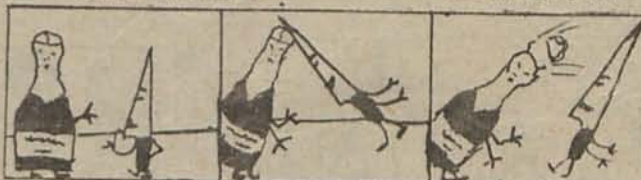
Se pelan las dos tazas y una se queda sin asa.
JOSEFINA ABEL.—Doce años.

Cuento.

Pues, señor, esto era un matrimonio que tenía dos hijas: una muy buena y otra muy mala; un día mandó a la buena que fuese al río a lavar; en él había un gigante muy malo; la niña le vió y dijo: «¿Qué haré yo?; que me va a matar ese gigante». Entonces el gigante la mató. Luego dijo el padre que por qué tardaba tanto, y entonces mandó a la mala, y el gigante también la mató.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

ANGELITA ALBARRÁN MARTÍN.
Ocho años. Madrid.



Don Cuchillo desafió a Doña Botella, y miró el resultado.
PABLO PALAZUELO.
Diez años.



Pirula, pintora
RAFAEL TURÓN.
Siete años. Baeza.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 92

Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, algo sobre el camello. Es un animal que siempre ha despertado en mí una curiosidad extraña. Tan extraña como su extraña figura.

—¿Piensas hacer algún viaje por el desierto?

—Nada de eso, querido buho. Por ahora, el desierto me infunde un inmenso terror. ¡Es tan grande y tiene tantos peligros!...

—No faltan, desde luego; pero también el mar los tiene, y, sin embargo, no te daría miedo cruzarlo, ¿verdad?

—Claro que no; pero embarcado en un magnífico navio.

—También el desierto tiene sus navios.

—Bromista estás hoy, amigo buho.

—No es broma. Te hablo completamente en serio. Esos navios del desierto, son navios sin palos, sin velas y sin chimeneas. Son los camellos.

—Pues hálame, admirable buho, de esos navios del desierto.

—El camello es el único animal que puede soportar las penalidades que llevan consigo las travesías por las desoladas tierras del desierto. Por esas inmensidades de arena se camina días y días bajo un sol abrasador y sin encontrar un sorbo de agua. La sed hace estragos entre los caminantes del desierto. El suelo, blando y movedizo, rinde a los más fuertes. Las tempestades de arena, esas tempestades que sólo se ven en el desierto, hacen sucumbir por asfixias a muchas caravanas. El hambre y el cansancio, en fin, agotan y destruyen muchas veces las vidas de los caminantes.

—¡Es horrible!

—Pues todas estas penalidades las soporta el camello. Este animal, tan útil para el hombre, está hecho para el desierto. A pesar de ser tan cruel la vida del desierto, el camello sólo desea vivir en él. El desierto es su propia casa.

—¿Y dices que soporta la sed, el hambre, el calor y las tempestades?

—Todo lo soporta, curioso Chonón, porque para todo tiene naturales recursos.

—¡Es admirable!

—Cuando la tempestad llena el aire de arena candente, y la atmósfera se hace irrespirable, el camello cierra las ventanitas de su nariz e impide que en sus pulmones entre el mortífero polvillo. Sus pies, extremadamente grandes, son de una carnosidad blanda que cada vez que se apoya en el suelo se ensancha y convierte en firme el movedizo terreno de arena. Sus jorobas son dos enormes depósitos de grasa que sirve de alimento al camello para reparar sus fuerzas. Por esto, después de largas travesías, se ve que las jorobas han disminuido notablemente de tamaño.

—Muy curioso, ¿verdad, mi sabio buho?

—Tan curioso como admirable. Pero la propiedad más singular del camello es la de poder vivir muchos días sin sentir el tormento de la sed. Cuando bebe agua, lo hace tragando todo el líquido que puede, y este líquido lo almacena en unas celdillas que tiene en su interior y que semeja a los panales de miel de las abejas. Con esta reserva de agua y con el alimento grasoso de sus jorobas, resiste días y días viajando por las cálidas arenas del desierto. Comprenderás la enorme ventaja que esto representa para el hombre, pues si las caravanas hubiesen de ir provistas de alimento y agua para sus camellos, no habría modo de arrastrar tanta impedimenta.

—¿Y andan mucho estos animales?

—Los hay que recorren hasta 18 kilómetros por hora.

—Pues me hago cuenta de que son un tren mixto a través del desierto.

—Mejor que un tren mixto, porque no tiene estaciones donde pararse. Su resistencia formidable les permite hacer marchas de día y medio sin descanso alguno y con una carga de trescientos kilos sobre sus lomos.

—Y dime ahora, amigo buho, si no hubiese camellos, ¿qué otro animal sería capaz de venir desde Oriente con la enorme carga de juguetes que nos traen los Reyes Magos?

—Ninguno.

—Pues hay que gritar: ¡Viva el camello!

—¡Viva!

CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar la respuesta unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Luisito Díaz.—Supongo que tu impaciencia por ver publicado el cupón de Colaboración infantil habrá terminado ya. En el número 89 de mi revista lo habrás visto. Como tú, estaba yo también impaciente, porque me inquietaban los deseos de admitir de nuevo colaboración de mis suscritores. Cuando quieras puedes enviar tus lindos trabajos. Paco Morronguís se ha reído mucho con tu carta y te envía un abrazo.

Margarita Montejo.—He hecho a Pirula la recomendación que me pides. Tú no tienes idea de lo que es el taller de Pirula en estos momentos. Figúrense, patrones, bordados, muñequitos, juguetes, muebles...; en fin, para qué voy a contarte, linda Margarita, si aquello es un bazar! Pero Pirula, aun con todo el trabajo que la agobia (considera que ha de dirigir la labor de las muchas oficiales de su taller), atiende siempre a sus simpáticas amigas pinochistas. Tú pides mueblecitos para casas de muñecas y Pirula, deseosa de servirte, oprime un botón, aparece la encargada de la sección de muebles y da una orden. ¡Creo que esto te bastará! Ten en cuenta que hay pendientes muchos pedidos de cosas; pero todo llega y a tu deseo también le llegará su turno. Abrazos de Pirula.

Conchita Dria.—Saladísima Conchita: Ya ves lo que le digo a la anterior Pinochista. Pirula, tú misma reconoces lo fina y servicial que es, quisiera ser mil veces Pirula para atender a las mil pinochistas que le piden cosas. Los pañitos para el tocador y los almohadones entran también en el turno de pedidos. No me extraña que no hayas encontrado en números pasados el cupón de colaboración infantil. ¿Cómo íbas a encontrarlo si no se publicaba? Ahora ya podéis, tú y todos los suscritores, colaborar en mi revista con sólo enviar

el trabajo con el cupón. ¡Ya ves que no puedo hacer más por mis suscritores! ¡Os reservo la colaboración a vosotros solos!

Eloísa Garroute Montejo.—¡Bien, simpática Eloísa, bien! ¿De modo que crees que no quiero publicar tus trabajos? Hazme el favor de repasar los números de la revista correspondientes a la fecha de envío de tus dibujos y verás! Yo, linda Eloísa, no puedo hacer nada contra las decisiones del Gran Consejo Pinochista, y este Consejo, ante la enorme, la enormísima cantidad de colaboración que había llegado a acumularse, tuvo que suspender la admisión de trabajo; pero ya pasó. Ya puedes enviar tus preciosos dibujos, si eres suscritora, que sí debes serlo, porque en tu carta dejás ver claramente tu inteligencia y buen gusto. Un apretón de manos reconciliador de Pinocho.

Gonzalo Hevia.—Por el membrete de tu carta, donde campea una reproducción del Hotel Edén, veo, simpático Gonzalo, que estás en lo más lindo de Suiza. Currinche, desde que ha visto el paisaje, no deja en paz a Don Turulato y quiere a toda costa que lo lleve a Suiza. Currinche es así. Todo lo que tiene de negro lo tiene de caprichoso. Pero dime, mi querido Gonzalo, ¿por qué me mandaste dibujos sin esperar a que reapareciese el cupón de colaboración infantil? Ahora que ya se publica el cupón puedes enviarme lo que quieras, y verás cuán buen amigo tienes en mí. Pero ante todo debes hacerte suscriptor. Si no, me privas de poderte complacer. No se concibe que tú, que eres tan listo, que dibujas tan estupendamente y que tanto me aprecias, no seas suscriptor a mi revista. Esta revista que más que mía, es de mis suscritores, pues para ellos son los concursos, la colaboración infantil, los estupendos regalos, etc., etc. Muchos y apretados abrazos de Pinocho.

VALE

PARA HACER UN PEDIDO DE LIBROS A LA EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., VALENCIA, NÚM. 28, MADRID, CON REBAJA DEL

25%

Caduca el 31 Diciembre. 1927.

Este VALE sólo sirve para UN pedido hecho directamente a la Editorial "Saturnino Calleja", de Madrid; por tanto, no tiene valor alguno presentándolo en una librería. Se pueden comprar libros elegidos entre todos los publicados por la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio ni de cantidad, pero pidiendo sólo un ejemplar de cada uno. Cada suscriptor podrá hacer uso de estos vales sólo tres veces cada año.

NOMBRE DEL SUSCRITOR QUE UTILIZA EL VALE: D.

calle de

núm.

Población

Provincia

Algunos suscritores no han recibido los VALES a que les da derecho su suscripción para hacer pedidos de libros a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., con importantes rebajas. Otros nos dicen que se les han perdido. Otros, que ya utilizaron aquellos vales y quieren otro. Para que todos queden complacidos, publicamos hoy, y publicaremos algunas veces más, este VALE. TODOS LOS SUSCRITORES podrán utilizarlo; y SÓLO LOS SUSCRITORES.



El castillo de mi pueblo.
CÉSAR REPULLÉS.
Barcelona.



La castañera de mi calle.
JUAN LUIS GARZANÁN.
Madrid.

LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalo y en los concursos de **PINOCHO**, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.



El novio de mi prima Luisa.
JORGE VALDÉS.
Vitoria.



Don Turulato.
VICENTE BALLESTEROS
Vigo.

De la magnífica y divertidísima **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE**,

Chapete en la isla de los animales

Precio: 1,50

Lo remite a toda España y América la **Editorial «Saturnino Calleja»**, S. A., Apartado 447, Madrid, a quien lo pida acompañando su importe.



La **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA»**, S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro Postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Salvador, Uruguay.

SUSCRIPCIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos suscripciones a **PINOCHO**, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23	pesetas.
Semestre.....	12	—
Trimestre.....	6	—

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal, impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

- 1.ª Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.ª Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.ª Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.

REGALOS CONCEDIDOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 60 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - 2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios, en los que sólo toman parte los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - 3.ª Derecho a que se publique su retrato en **PINOCHO**. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
 - 4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Sólo pueden tomar parte en estos concursos los suscritores.
 - 5.ª Derecho a la **Colaboración Pinochista**. Sólo los suscritores pueden enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en **PINOCHO**.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como

los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un año (20 pesetas)

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 3.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros directamente a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA»**, S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 30 por 100.
- 4.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Para los suscritores, 3 pesetas).

Si la suscripción es por un semestre (10 pesetas)

- 1.º Un tomo **gratis** de la serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA»**, S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 3.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas).

Si la suscripción es por un trimestre (5 pesetas)

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA»**, S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas).



DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA

SIDNEY
SMITH



¿DÓNDE SE HABRÁ METIDO ESE NIÑO? ¡TODOS LOS DÍAS HA DE LLEGAR TARDE PARA COMER!



¡VAS A TENER QUE ENTENDERTELAS TÚ CON ÉL, PORQUE A MÍ NO ME HACE CASO!

¡VERÁS COMO COMESTA CORRREA DE SUAVIZAR LO SUAVIZO YO!



¡EL DEBER DE UN PADRE ES HACER QUE LOS HIJOS RESPETEN A SU MADRE! ¡Y DE HOY NO PASA QUE A ESTE CHICO LO META YO EN CINTURA! ¡NO FALTABA MAS!



¡CORRE QUE VIENE TU PAPA!

¡Y QUE VIENE CON UNA CORREA!



¡YA LE DIRE YO A ESE MONO CUANDO LO COJA! ¡NO VA A LLEGAR TARDE A COMER EN SU VIDA!

¡ME PARECE QUE TE HAS CAIDO!

¡SE ME OCURRE UNA IDEA!



¡PUES COMO OS DECÍA NO HAY NADIE MÁS LISTO, NI MÁS BUENO NI MÁS SABIO QUE MÍ PADRE!



¡SI MI PADRE SE PONE A BOXEAR CON UZCUDUN ME APUESTO A QUE LE GANA MI PADRE! ¡MI PADRE NO SABE LO QUE ES MIEDO! ¡LUCHARIA CON UN LEÓN O CON DOS LEONES!



¡ADEMÁS ES MUY VALIENTE! PUES ¿Y LISTO? SABE MÁS QUE TODOS LOS SABIOS JUNTOS!



¡Y SI HAY QUIEN SE ATREVA A MEGARLO QUE LO DIGA!

¡BUENO, HOMBRE, TE CREO!



¡MIRA! ¡AHÍ ESTÁ TU PADRE!

¡HOLA, PAPA! ¿ESTÁ YA LA COMIDA?



¡ESTOY ORGULLOSO DE TENER UN HIJO QUE HABLA TAN BIEN DE SU PADRE!



¡MAMA! ¡EL PAPA NOS HA COMPRADO DULCES!

¡A VER SI HACES PARA ESTE ME-NE UN GRAN FLAN! ¡TODO SE LO MERECE!



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

La aventura de la torrija.—¡Vaya si sabemos guisar!

Ya véis, yo hago cada mayonesa!...

—Sí, y a lo mejor te sale quemada.

—Pues ¿y yo? ¡Hay que ver cómo hago la tortilla a la española!

Puchi y Chupi (diez y trece años, respectivamente) discuten con su primo Perico, que disfruta haciéndolas rabiar.

—Cuidado que sois las chicas aspaventeras y presumidescas —declara Perico, que suele gastarse un léxico completamente personal—. ¡Hacer una tortilla! ¡Vaya una cosa! Casualmente, yo me doy muy buena maña para darle la vuelta en la sartén.

—¿Tú? ¡Já, já, já!

—Ahora lo veréis! *Esto* sería a sartén y la tortilla lo sei... *esto*.

El primer *esto* es una raqueta de *tennis* que Perico tiene en la mano, pues los tres acaban de llegar del *court*; el segundo *esto* es una magnífica torrija que el aspirante a cocinero ha descubierto en el aparador.

Esta torrija la apartó cuidadosamente la vispera la mamá de Puchi y Chupi para el benjamín de la casa, el regordete Potolo que, por cenar solo y antes que los mayores, no participa del postre de la cena hasta el día siguiente. Ya está la torrija, chorreando almíbar, colocada sobre la raqueta.

—Ahora veréis maña y buen pulso —anuncia Perico.

¡Y tan buen pulso! La torrija sale disparada, llega hasta el techo y, por efecto del pegajoso almíbar, al techo se adhiere ante los tres chicos, que se han quedado con la cabeza hacia atrás como si miraran un aeroplano y con la boca abierta como si esperasen recibir en ella el dulce manjar. Pasado el primer momento de estupor, los tres se miran consternados.

—Y si no cae, ¿qué hacemos? —murmuran.

—Traedme una escalera pronto —ordena Perico.

Pero ya es tarde; ya suenan en el pasillo las voces de los papás de Puchi y de Chupi, y del tío Patricio, padre de Perico, que vienen a almorzar. La comida transcurre en medio de una apacibilidad desacostumbrada; los niños no alborotan, no ríen, no molestan; permanecen mudos y quietos, con la vista fija en el pla-

to; de vez en cuando una seña furtiva y llena de angustia o una miradita al techo... ¡Angelicales criaturas! Los papás están encantados. Llega el momento del postre.

—Potolo —dice la mamá—, te he guardado una torrija de esas que tanto te gustan.

Potolo bate palmas; hay tres miradas al techo, que nadie percibe.

La doncella ha abierto el aparador y lanza una ligera exclamación de sorpresa: la torrija ha desaparecido.

—Pero si no puede ser —declara la mamá—; si la dejé yo misma anoche.

Interrogatorio inquisitorial del papá y del tío Patricio; los tres chicos protestan con unanimidad.

—¡Yo no me la he comido! ¡Ni yo tampoco! ¡Ni yo!

La sinceridad vibra en su acento; y no mienten; ninguno se la ha comido. Potolo llora desconsoladamente; la mamá está perpleja; sopla un viento de tragedia. Tras de pesquisas infructuosas no hay más remedio que proseguir el almuerzo; se come la fruta; se sirve el café; pero la mamá no se da por vencida.

—Esto es muy raro —murmura—. ¡Ni que tuviera alas esa torrija y hubiera volado!

—Mujer, déjalo ya —le aconseja el tío Patricio—; de nada sirve preocuparse; como no nos llueva del cielo... ¡Paf! Sobre la calva reluciente del tío Patricio, la torrija ha caído... ¡del cielo! Pero los azotes, que momentos después recibe Perico, ni caen sobre su cabeza ni le lueven del cielo, precisamente.

PIRULA, REPOSTERA

Crema Don Turulato.—Esta crema se llama así, primero, en honor de nuestro gran Don Turulato, y, además, porque deja turulatos de gusto a todos lo que la prueban. Ahí va la receta:

Se cogen seis huevos; se echan las yemas en una cacerola con un cuarto de kilo de azúcar y un vaso de ron (el ron puede sustituirse por vino blanco; en tal caso, se añade un poco de canela molida), se mezcla y se pone sobre la lumbre, cuidando de darle vueltas constantemente con una cuchara de madera, hasta que la crema se ponga espesa. Entonces, se retira de la lumbre y se añaden las seis claras batidas a punto de nieve; se agita vivamente, a fin de que la crema resulte espumosa; por último, se echa en tarritos de crema y se sirve al momento... y a los comensales.

